

DISCAPACIDAD Y SALUD MENTAL

Dr. Jorge Ortiz Rubio.
Especialista en MGI y Psiquiatría,
Profesor auxiliar, Hospital Miguel Enríquez.



El hombre es un ser biopsicosocioespiritual, por ende y teniendo en cuenta esta naturaleza, necesita de un adecuado equilibrio entre sus aspectos biológicos, psicológicos, sociales y espirituales. Tan vital puede resultar este “adecuado equilibrio”, que de él dependen, aspectos tan importantes como la salud, la enfermedad y su propia adaptación creadora al medio y la sociedad. Tratar de discernir cual de estos aspectos es el más importante o preponderante con respecto a los otros, sería un juicio totalmente erróneo, ya que todos juegan un importante papel y tienen un peso significativo en la supervivencia del hombre. No obstante lo anterior, no podemos negar, que el ser humano es un ser social por excelencia, lo que traduce el hecho, de no poder existir al margen de una vida en sociedad, pues su propio desarrollo psicosocial depende obligatoriamente de su relación estrecha con otros hombres o paraiguales.

Para aquellas personas que gozan de un adecuado equilibrio *biopsicosocioespiritual*, la vida puede resultar por decirlo de alguna manera, sencilla o fácil, pues su relación con los demás no es una relación de franca dependencia, sino todo lo contrario, es una relación en la cual este mantiene siempre su propia independencia e individualidad. Sin

embargo para los que se aparten de la norma o media social o que son mal llamados por muchos como “diferentes” o “distintos”, por el hecho de tener una limitante biológica (física o sensorial), un psiquismo o forma de ver la realidad diferente a como la percibe la mayoría de las personas, su situación se torna bien diferente.

Las diferencias sociales como regla general no son bien aceptadas o miradas, la conducta mas común es la de marginar o excluir a aquellos que se consideran como “diferentes”, independientemente de cual sea su condición.

Cuando en una sociedad se establece un criterio social preferente, este tiende inexorablemente a ubicar a todos en una determinada posición con respecto al criterio emitido, ya sea por encima, donde generalmente se ubican la mino-

ría de las personas; a nivel del criterio o por debajo de este, donde se hayan la mayoría de las personas que viven en esa sociedad.

Los discapacitados, al ser personas con una diferencia sustancial o tener algún tipo de limitante física, motora, sensorial, o mental, difieren del criterio o media social, diferencia esta que no solo los ubica por debajo de este supuesto, sino que los hace objeto de una marcada exclusión social. Cuando se estigmatiza y se discrimina estamos rompiendo el pacto o alianza de Dios con su creación. Estigmatizar no solo es un pecado contra la otra persona, es también un pecado contra Dios (Martii Lindqvist). No resulta ajeno que en muchos medios haya una tendencia marcada a favorecer el individualismo y la competencia entre los hombres, donde se estimulen los más fuertes, los más exitosos y adaptados, en detrimento de los que son más vulnerables, los más débiles o excluidos. La minusvalía por discapacidad de cualquier tipo: entiéndase por discapacidad física, que incluye a los débiles visuales e invidentes, hipoacúsicos y sordos, así como a los discapacitados físicos y motores; la minusvalía por incapacidad mental que incluye a los discapacitados intelectuales, los dementes de cualquier tipo y a los enfermos mentales con diagnósticos específicos; así como la minusvalía por grupo etario donde se encuentran los niños pequeños, por el hecho de depender completamente de un adulto para su supervivencia y por no tener una personalidad bien constituida e independiente, así como a los ancianos por presentar pérdidas de sus capacidades físicas y psíquicas; todas sin excepción, por el hecho de tener algún tipo de limitante, constituyen un grupo de gran vulnerabilidad. Esta condición de vulnerabilidad significa que son mucho más susceptibles que el resto de la población a enfermarse o sufrir cualquier trastorno mental, significa además, que tienen una menor resistencia a las demandas que el medio social les hace, que tienen menos recursos para afrontar las cada vez más crecientes demandas de la sociedad.

Los discapacitados por ser un grupo vulnerable, tienen menos posibilidades de lograr un afrontamiento de éxito ante las demandas de una sociedad cada vez más competitiva, estresante, tecnificada y exigente de mayores habilidades o recursos adaptativos. Es bueno tener en cuenta que los discapacitados de cualquier índole no pierden en ningún momento su condición de *ser social*, sino todo lo contrario, ellos dependen mucho más del vínculo directo o indirecto con otros, que el resto de la población sin discapacidad.

Si tenemos en cuenta que el plano de las relaciones con grupos humanos y la cultura integran entre otros aspectos el medio social y que la salud mental está condicionada por muchos factores, pero fundamentalmente depende de lo social.

Si tenemos en cuenta que las personas con discapacidad por lo general tienen un sistema de apoyo social mucho más limitado que los no discapacitados, en el sentido que muchos no tienen una relación estable de pareja, o si la tuvieron por lo general esta no perduró mas allá por causa de

la discapacidad, que su vida sexual casi siempre es limitada o nula, que la familia de origen, muchas veces no puede, por las razones que sean (ancianidad de los padres, padres divorciados, familia que trabaja, etc.) asumir el cuidado o la atención de todas las necesidades de esta persona; y que por otra parte no todos los hijos están dispuestos a anteponer la atención de un padre con una limitante a sus propios intereses personales, que además, el acceso a un trabajo adecuado a su discapacidad puede resultar muchas veces imposible o limitado u otras veces resulta un verdadero reto mantener un trabajo y poder satisfacer con éxito las demandas del mismo.

Toda esta serie interminable de desventajas sociales presentes en los discapacitados indiscutiblemente los hace sumamente vulnerable a sufrir constante frustraciones al no poder satisfacer sus necesidades como una persona sana normalmente haría, lo que irremediamente termina dañando su autovaloración y autoestima, apareciendo sentimientos de inferioridad, minusvalía, síntomas depresivos, apatía, abulia, ansiedad, irritabilidad, disforia, y muchas veces hasta ideación suicida franca.

Siempre tenemos que tener presente que la discapacidad no es una condición necesariamente congénita, que muchas de ellas son adquiridas en determinadas condiciones, donde el hombre juega un papel crucial, seamos igualmente responsables de nuestra vida y nuestros actos, evitando causar discapacidades a otros. No olvidemos tampoco que no estamos completamente exentos de una discapacidad.

Lo humanamente correcto, ético, moral y cristiano sería que todos sin excepción de ninguno, trabajemos en función de no ver a las personas con discapacidad como diferentes, sino, verlos como lo que son realmente, "seres humanos". Todos y todas somos criaturas de Dios, el sol sale cada mañana, para todos por igual, todos somos igualmente dignos, porque la dignidad es un atributo de la persona humana y no de su condición física, psíquica o motora, todos, sin excepción de ninguno, somos igualmente dignos ante los ojos de Dios, el valor como persona no esta dado por ser sano o por tener una discapacidad, sino por el hecho de tener la condición de "ser persona". Entonces no excluyamos, ni permitamos que sean excluidos por otros, seamos capaces de ayudar a los más necesitados, que se tengan presente sus intereses y necesidades.

*Siempre que seamos capaces de ponernos en su lugar, de ser verdaderamente empáticos en palabra, obra y acción, estaremos garantizando su inclusión o verdadera integración social. **B***